

sumario

A partir del análisis antropológico-cultural, que nace de la experiencia del Evangelio vivido por las comunidades pentecostales, nos invita a apreciar "los bienes presentes en los cristianos", como un criterio básico de acercamiento y diálogo, frente a otras formas de vivir evangelio, que aunque no-católicas tienen un sentido autónomo y de reconocimiento válido en el anuncio de la Buena Nueva a los pobres.

**El
pentecostalismo
y la
inculturación en
América Latina**

P. Roberto E. Mosher, ssc

Doctor en Misionología - Universidad Gregoriana, Roma; Secretario Ejecutivo de CONEDI-CECH (Comisión Nacional de Ecumenismo y Diálogo Interreligioso - Área Eclesial Conferencia Episcopal de Chile), miembro de los Misioneros de San Columbano. Estadoudinense.

medellín

Introducción

El pentecostalismo chileno da evidencias de haber desarrollado una forma de vida cristiana muy criolla, una forma de vivir que resulta ser atractiva para los marginados de la sociedad, especialmente cuando esa sociedad pasa por tiempos de gran angustia o crisis generalizada. Con los resultados de una investigación cualitativa propia, tipo "participación-observación", postulo que tres rasgos del pentecostalismo son importantes indicadores del grado de inculturación que se logra en el movimiento. Primero, la espiritualidad intensamente vivencial del pentecostalismo. Esta permite la expresión corporal y emocional de fuertes sentimientos precisamente para el sector de la población nacional más necesitada de esa expresión. El pentecostalismo abre para sus miembros un importante camino de inculturación de la fe cristiana cuando se reconoce que la cultura de un dado grupo de personas se centra en la interpretación y generación de experiencias importantes para ese grupo. Cuando el evangelio se asocia más con los sentimientos que con el intelecto, llega a ser central para un grupo social que sufre la marginalización y la anomía, frutos del desempleo y pobreza. Y es esa creciente centralidad del Evangelio que constituye la inculturación.

Un segundo rasgo cultural del pentecostalismo es el tipo de autoridad que ejercen los pastores. En los casos que me tocaron conocer, el pastor parecía ejercer una especie de patriarcado sobre su comunidad. Esta forma de autoridad se caracteriza por la preocupación paternal por sus cargos, e incluso por la exigencia hecha a cada uno, de participar en la comunidad y capacitarse en algún oficio o actividad. Esta capacitación del individuo, quien es, a la vez, pobre y marginalizado de otras instancias de educación formal o de participación en las instituciones de la sociedad, le ayuda a

descubrir por vez primera sus propios dones -de liderazgo, de discurso público (una importante actividad de la iglesia, esperada de todos), de habilidad musical, etc. Dado que la participación del individuo en el desarrollo de una cultura de su grupo es fuente de crecimiento personal, el evangelio viene asociado con esta evidente preocupación de un pastor por la realización de un miembro de su grey, quien de otras maneras no tendría muchos caminos de realización personal en que andar. Y, más que asociado, el evangelio viene proponiendo el ejercicio de este papel, cuando se destaca el valor específicamente cristiano de la autoridad que se ejerce en el servicio (Mc 10, 42-45; Jn 13, 12-15).

En tercer lugar, la misma énfasis en una espiritualidad vivencial que hace el pentecostalismo permite mayor desarrollo para la mujer en campos de liderazgo social. La misma importancia dada a las experiencias y a los sueños, por muy subjetivos que parezcan, asegura un reconocimiento de la llamada a ser "pastora". Si se reconoce en el evangelio un principio que cambia radicalmente el lugar cultural y el rol social de la mujer, por la propia novedad de vida que propone y que crea en medio de una sociedad aún machista o despreciativa de la dignidad de la mujer, este aspecto de la vida pentecostal constituye una llamativa y profética área de inculturación¹. Me limito a proponer estos tres rasgos del pentecostalismo chileno como sugerentes del grado de la inculturación que se obtiene por él. No obstante que otras áreas de la vida de los pentecostales podrían manifestar una menor o mayor grado de inculturación, estas tres áreas tendrán consecuencias importantes para el desarrollo de la pastoral de todas las Iglesias.

¹ Esta novedad de vida se presenta en los evangelios, en los encuentros de varias mujeres con Jesús. "Se quedaron extrañados de que Jesús estuviera hablando con una mujer." -Juan 4, 27. Véase también Lc 7, 39; Mt 21, 31; las sanaciones de Lc 13, 11; 7, 13; Mc 1, 30; 5, 25-34; 41; Mt 15, 28; las mujeres que acompañaban a Jesús, Lc 8, 1-3; las parábolas, Lc 15, 8-10; 18, 1-7; 21, 1-4; Mt 13, 33; 25, 1-13; el trato que Jesús tuvo con mujeres, Lc 7, 37-47; 13, 16; 23, 28; Jn 4, 7-27; 8, 3-11; y las primeras testigos de la resurrección, Mt 28, 1-10; Mc 16, 9; Lc 24, 8-11; especialmente el "apóstol de los Apóstoles," María Magdalena, Jn 20, 16-18; y el descenso del Espíritu Santo en Pentecostés, confirmando las palabras del profeta Joel 3,1, "los hijos e hijas de ustedes comunicarán mensajes proféticos."

1. Una cultura propia

En las poblaciones y pueblos y en las áreas rurales, como también en los barrios más pobres de las grandes ciudades, el movimiento pentecostal ha crecido enormemente desde el principio de este siglo, especialmente en América Latina. Ha crecido tanto en número como en la particularidad de su forma de ser. Los miembros del movimiento se visten en un modo particular, actúan en un modo distinto, tienen su propio modo de comunicarse, su propio lenguaje, un propio estilo de vida, una arquitectura distinta, una música especial, estilo de culto, puntos de vista, ilusiones y creencias— en una palabra, ellos tienen su propia cultura. Es una cultura que refleja muchos aspectos de la cultura de la sociedad más amplia y circundante, pero también es una cultura radicalmente diferente de la dominante en muchas maneras.

Miremos un poco a lo que queremos decir por “la cultura”. Por cultura no aceptamos la idea común, pero marginalizante, de que la sociedad consiste en los ‘cultos’ y los ‘ignorantes’. Esta perspectiva se ha identificado como el concepto “aristocrático” de la cultura, que a partir de un código del saber y de la conducta construido por un grupo social reducido y poderoso, divide las personas en ‘culto’ e ‘ignorante’, las últimas siendo rechazadas y mantenidas en las márgenes de la vida social. Tampoco me ocupo del concepto “occidentalista” de la cultura, empleada para despreciar la cultura no occidental como inferior y ‘primitiva’, sin el menor respeto por los valores y las tradiciones autóctonas de los pueblos sin influencia de las culturas griegas o romanas. Y finalmente, descartemos el concepto “técnico” de la cultura, que distingue entre el mundo ‘industrializado’ y el mundo ‘pobre’ a partir de la categoría de capacidad técnica y saber científico, entendiéndose que el mundo industrializado sea una cultura mejor por el hecho que tiene más cosas. Todos estos conceptos de la cultura sirven para dividir, y “son simplemente *alienantes*, porque llegan a justificar estructuras sociales opresoras haciendo aparecer como ‘normal’, ‘correcto’ y ‘justo’ lo que, en definitiva, es ‘antihumano’, ‘equivocado’ e ‘injusto’.”²

474

² TONY MIRSUD, S.J., *Una construcción ética de la utopía cristiana* (Santiago de Chile: 1992), 356.



En lugar de estos conceptos comunes y, me parece, equivocados, la antropología nos ofrece centenares de definiciones que, a pesar de su variedad, nos orientan hacia una idea clara y convergente sobre lo que la 'cultura' verdaderamente es. El antropólogo W. Goodenough (1957) opina: "...la cultura consiste en cualquiera cosa que es necesario *saber o creer* para operar en una manera aceptable a los miembros [de la cultura], y en cualquier rol que ellos aceptan para cualquier de ellos mismos. La cultura, siendo lo que la gente *tiene que aprender* in contraste a su herencia biológica, debe comprender el producto final del aprendizaje: el *conocimiento*, en un sentido muy general, aunque relativo, del término. Según esta definición, debiéramos tomar nota de que la cultura no es un *fenómeno material*; no consta de las cosas, la gente, el comportamiento o las emociones. Más bien es una organización de estas cosas. Consta de las formas de las cosas que gente *tiene en la mente*, sus modelos para percibir, relacionar y de otro modo interpretarlas. Así, las cosas que la gente dice y hace, sus convenciones sociales y eventos, son productos o subproductos de su cultura, mientras la aplican a la tarea de percibir y enfrentar sus circunstancias."

Siguiendo en esta línea, el escritor chileno Pablo Huneus nos ofrece algunos ejemplos:

"O sea, cultura es toda acción que va más allá del instinto. Comer, por ejemplo, en sí mismo no es un hecho cultural, porque responde al instinto de alimentarse, pero la manera de hacerlo sí lo es, porque los utensilios, recetas y modales empleados para tal propósito corresponden a comportamientos socialmente adquiridos. Un ser humano criado sin comunicación alguna con sus semejantes, como los niños-lobos perdidos en los bosques, carece enteramente de cultura. Sólo lo mueve el instinto y al darle una gallina, reaccionará como cualquier vertebrado carnívoro en estado salvaje. Le clavará sus dientes caninos en el cogote y le chupará la sangre tibia, como lo hace el lobo. Si queda con hambre, arrancará a dentelladas la pechuga del ave, sin desplumarla ni cocerla.

475

"Ante una mujer arremeterá para saciar su impulso sexual sin poesía ni proposición matrimonial, porque el galanteo



y las instituciones, como el noviazgo y la familia, que regulan la convivencia humana, son elementos culturales aprendidos en la comunicación con otros 'homo sapiens'.

“La cazuela de ave, entonces, es una obra de nuestra cultura, porque implica un rico aprendizaje de técnicas de cocción, de recetas para combinar la papa y el cilantro, de empleo de determinados cubiertos, y de modales para sentarse a una mesa e ingerirla. Lo mismo el matrimonio, tanto el ceremonial para celebrarlo como las normas para regularlo, depende de la cultura que se tenga”³.

En los últimos años, ha surgido un consenso creciente, por lo menos en la antropología cultural y social, que centra en *los aspectos cognitivos* de las varias culturas de la humanidad, o sea: lo que la gente de distintas culturas piensan, la sabiduría recibida de una comunidad que vive a diario sus rutinas, el entendimiento y los valores compartidos por ella, sin cual vivir en comunidad sería imposible. Sin embargo, no podemos ignorar el importante rol que juegan los sentimientos en la cultura. J.P. Spradley y D.W. McCurdy (1975) nos recuerdan que “la cultura es el conocimiento adquirido que la gente usa para generar y interpretar *la experiencia* y para generar formas sociales del comportamiento.” Identifican los aspectos cognitivos y racionales como central en determinando la esencia de una cultura, pero también apuntan a la importancia básica de la experiencia para este conocimiento adquirido. Esta experiencia precede el conocimiento y determina sus valores y contenidos. Nuestro entendimiento de la cultura, entonces, debe tomar en cuenta los sentimientos y las experiencias que hay detrás de la elección y la formulación de un dado conjunto de valores, significados e ideales.

Dentro de una colectividad humana delimitada geográfica y políticamente en términos de un país puede haber una pluralidad de culturas, condicionada por los distintos y variados conjuntos de valores, significados e ideales vividos de una manera diferente por los distintos grupos que conforman la colectividad humana. En las

476

³ HUNEUS P., *La cultura huachaca, o el aporte de la televisión*, Santiago de Chile, Universitaria, 1994 (1981), 11-13.



palabras del teólogo católico B. Lonergan, "...Una cultura es un conjunto de significados y valores informando un modo común de vivir, y hay tantas culturas como hay los conjuntos distintos de tales significados y valores."

Un grupo importante de personas que forman todo una subcultura son los pobres. Esta es la opinión de antropólogos como O. Lewis, quien escribió *Los hijos de Sánchez* (1961):

"...A ellos que creen que los pobres no tienen cultura, el concepto de una cultura de la pobreza podría parecer contradictorio. En el uso antropológico el término cultura implica, esencialmente, un diseño para vivir que se transmite de generación a generación. Al aplicar este concepto al entendimiento de la pobreza, quiero llamar la atención al hecho que la pobreza en las naciones modernas no es solamente un estado de privación económica, de la desorganización, o de la ausencia de algo. También es algo positivo en el sentido que tiene una estructura, un fundamento, y mecanismos de defensa sin los cuales los pobres apenas podrían seguir adelante. En suma, es un modo de vivir, extraordinariamente estable y persistente, transmitido de generación a generación según líneas familiares. La cultura de la pobreza tiene sus propias modalidades y distintivas consecuencias sociales y psicológicas para sus miembros. Es un factor dinámico que afecta la participación en la más grande cultura nacional y llega a ser una subcultura propia. ...

Muchos de los rasgos de la subcultura de la pobreza pueden ser considerados como intentos locales de resolver los problemas no solucionados por las instituciones y agencias porque la gente no llena los requisitos para ellas, no tiene suficiente dinero para ellas, o se muestra recelosa ante ellas. ...Una actitud crítica hacia algunos de los valores e instituciones de las clases dominantes, el odio a la policía, la desconfianza del gobierno y de los que ocupan puestos altos, y un cinismo que incluye hasta la iglesia, da la cultura de la pobreza una cualidad contra, y una poten-

477



cialidad de ser utilizada por movimientos políticos dirigidos
contra el orden social existente...”

Como los significados y valores de un grupo de personas forman su cultura y nacen de una experiencia común de ese grupo, así también la experiencia de la angustia y de crisis prolongada dará existencia a un conjunto de significados y valores sustancialmente diferente de los significados y valores de los que no experimentan este dolor. En el contexto de la anomia, del angustiante sentido de pérdida de un rol y un lugar determinado dentro de la sociedad, como experimentan los que están sujetos al desempleo crónico en las zonas periféricas de las sociedades latinoamericanas, el “modo de pensar, sentir y creer” (Kluckhohn) será distinto de él de los que tienen trabajo estable, o de los que no tienen que trasladarse del campo a la ciudad, o de los que no buscan la seguridad. Las creencias de los que viven en situaciones de la anomía, sobre las instituciones de la sociedad, sobre el significado y las causas de los desastres que inevitablemente les visitan, sobre las intenciones de un dios todopoderoso que parece presidir tranquilamente sobre las injusticias cometidas, son creencias en constante formulación, desarmadas y armadas de nuevo para mejor explicar la situación. Estas creencias llevan a los que sufren a sostener puntos de vista impensables o incomprensibles para los relativamente acomodados.

Y las comunidades de las Iglesias Pentecostales forman toda una subcultura. Por un solo ejemplo, el modo de vestir de los hombres corresponde al alto valor puesto por muchas personas en el uso de la corbata y el terno, con la camisa blanca, y en este aspecto no hay grande diferencia con la manera de vestirse de los no pentecostales. En cambio, la manera de vestirse de las mujeres pentecostales evidencia una ruptura con la cultura que rodea al movimiento, dado que no usan maquillaje, no cortan ni estilan su cabello, dejan de poner o comprar vestidos de corte sensual, sugerente o llamativa. Esto se debe, en buena parte, a una lectura selectiva de mandatos bíblicos que valoran cabello extenso, no cortado (1Cor 11, 13-15), o que prohíben el uso de vestidos masculinos por las mujeres, por ejemplo los pantalones (Dt 22,5). El resultado puede ser una valoración bastante positiva de la apariencia natural propia, dado que cada persona se cree hermosa por ser lo que es, y como es, creada por Dios. Se evita así el someterse al criterio de la belleza de otros

pueblos, que muchas veces sirve los intereses de mercado de los productos importados, y promueve una auto-imagen negativa en muchas mujeres. Basta pensar en el número de modelos rubios con ojos azules que aparecen en una revista o durante los comerciales en la televisión, en medio de una población mayoritariamente morena.

El pentecostalismo, entonces, representa tanto una continuidad como una discontinuidad con la cultura local -cosa que propuso el investigador suizo Cristian Lalive D'Epinay⁴ hace treinta años. Los elementos de la continuidad existen en la apariencia de los hombres- y, para citar otros ejemplos evidentes, en el nombramiento de sus edificios más grandes e importantes como 'catedrales,' y de la ceremonia de acción de gracias un *te deum*, términos muy católicos. Los elementos de la discontinuidad existen también, sin embargo, como esta forma de vestirse de las mujeres, y también en la ausencia del alcohol o del baile en sus fiestas, en general, y en el rechazo de las creencias tradicionales católicas que forman parte de las culturas latinoamericanas.

Aunque actualmente se cuestiona mucho la tesis de que el pentecostalismo sea realmente un "refugio de las masas", no se puede ignorar lo que los hechos históricos y las estadísticas muestran, que los orígenes del movimiento siempre han sido en lugares pobres y entre la clase más sufrida, durante tiempos de aguda crisis, en medio de la angustiante situación descrita por E. Durkheim con la palabra célebre, "anomía". Generalmente los cristianos pentecostales, excluidos de puestos de liderazgo, de trabajo estable, de la educación formal superior, se mantienen apartes en consecuencia, separados incluso de la vida social de las propias poblaciones periféricas de las grandes ciudades.

2. La inculturación

Una pregunta clave para nosotros, entonces, es, ¿Cuál es la relación entre la anomía -este estado de angustia y pérdida de normas y papeles tradicionales- y la inculturación? ¿Siempre se encuentran

⁴ *El refugio de las masas*, Santiago de Chile, Pacífico, 1968).

juntos? ¿El Evangelio llega a ser normativo para una sociedad siempre por los pobres, los marginados y los que están en crisis?

Por "inculturación" no me refiero a la adaptación litúrgica, como se suele pensar, sino a una realidad más profunda. Cuando el Evangelio, más allá de traducirse y predicarse con símbolos y gestos significantes para un determinado grupo cultural, llega a ser un "principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así 'una nueva creación'..."⁵, entonces podemos decir que un grado importante de inculturación ha tomado lugar. La palabra inculturación, entonces, describe una realidad que va más allá de una mera adaptación del mensaje evangélico a una cultura no cristiana. Es una experiencia que vivifica la cultura desde dentro, y esta experiencia empieza generalmente entre las víctimas de la injusticia y del pecado social en la sociedad, entre los que sufren la marginalización, quienes empiezan a tejer su propia cultura, una 'subcultura', con elementos 'prestados' de otras culturas.

Muchos distintos movimientos sociales en los márgenes de la sociedad manifiestan subculturas que afirman el valor del individuo y le ayuda a crecer humanamente, muchas veces reflejando un nivel básico de la inculturación por este mismo hecho. Es decir, como la proclamación del Evangelio se precede por una presencia de las 'semillas del Verbo'⁶ en toda cultura, así también el nacimiento de una comunidad que promueve el crecimiento humano de sus miembros manifiesta la presencia de una semilla del Verbo dentro de ese contexto, que podría considerarse como una instancia ya de inculturación de la Palabra de Dios. Yo llamo este nivel no-cristiano de inculturación una instancia de la inculturación 'Logos'.

La apariencia de instancias de comunidad entre los marginados de la sociedad se encuentra en muchas culturas, y se lleva al desarrollo y al crecimiento de esas mismas culturas en muchos casos, por el hecho de proponer un nuevo conjunto de valores, combinando elementos de otras culturas en nuevas configuraciones. En su etapa

⁵ PEDRO ARRUIPE, S.J., *Acta Romana Societatis Iesu* 17 (1978), 230.

⁶ Con ésta frase del siglo II, se reconoce que Dios ya envía a su Espíritu a las culturas que no conocen a Cristo todavía: "...la *semilla del Verbo [logos spermatikos]* que es innato en toda raza humana. ..." - Justino (+165).



inicial de desarrollo, cuando surgen preocupaciones y prácticas comunales en un modo novedoso y original que alivian sensiblemente la angustia de la situación marginal, podemos reconocer un proceso de inculturación tomando lugar, en el sentido que la Palabra de Dios, esa auto-comunicación y extensión de Dios hacia la humanidad, empieza a encontrar y 'dar aliento' a la cultura local, a fin de hacer llegar algo nuevo, algo que dirigirá la cultura hacia el fin humanizante y trascendental que comparte con todas culturas. La cultura se dirige por el camino de la reconciliación con todas las culturas, unidas en la finalidad común de la plenitud de vida a la que Dios invita a toda la humanidad entrar.

La inculturación empieza aquí, donde también empiezan las culturas, donde la necesidad de un patrón normativo y de una estructura de sentido y de ideales es más grande, entre los privados de participación en la cultura dominante, sufriendo la carencia y el abandono, la confusión, la pérdida. La situación se revela como una situación de pecado social, en el sentido de ser una situación indebida, injusta, no ética, contra la voluntad de Dios, por el reconocimiento que la pobreza, el hambre, el desprecio, la enfermedad, el estar sin rumbo, son diferentes aspectos de la misma fuerza destructiva, y requiere una respuesta de solidaridad, de lucha, de comunidad. El Logos, hablando a los corazones de todos los individuos involucrados y despertando sus consciencias a la necesidad de enfrentar estas circunstancias angustiantes juntos, unidos, revela al mismo tiempo la mano de Dios en el proceso -aunque esta presencia de Dios se podría identificar en una variedad de modos culturalmente significativos y simbólicos.

Así, en otras palabras, los grupos en los márgenes de la sociedad frecuentemente responden a la anomía de su situación por el medio de la creación de una cultura alternativa, una 'subcultura' dentro de una cultura dominante, armada por la aculturación y el proceso de la revitalización⁷. La aparición de tales grupos podría regenerar el

⁷ Se refiere al antropólogo ANTHONY F.C. WALLACE y a su teoría de la revitalización, que propone varias etapas en el surgimiento de un movimiento social:

1. Desintegración de un sistema cultural, inestabilidad.
2. Desintegración de la imagen mental de la sociedad y de su cultura.



resto de la sociedad con el nuevo conjunto de valores, significados y creencias de la cultura alternativa.

Teológicamente, la existencia de tales grupos significa que la entera sociedad dominante ha permitido surgir divisiones y desigualdades entre sus miembros, una situación de pecado, de la opresión pecaminosa, contra la voluntad de Dios para la humanidad. Una inculturación salvadora de la Palabra de Dios toma lugar en esa sociedad por los grupos marginalizados, a varios niveles:

- La inculturación “Logos”, donde la sociedad dominante reconoce las implicancias de la existencia de personas en el borde empobrecido de esa sociedad, y la situación es revelada como injusta, por los conceptos de sabiduría y otros valores morales que un pueblo ha acogido y manifestado culturalmente;
 - La inculturación “Alianza,” donde la situación injusta se considera pecaminosa, una brecha en la relación con Dios, y los grupos marginados se perciben como el lugar de la intervención y de la actividad salvadora de Dios para toda la sociedad, quien exige un modo de vivir de los humildes, los *anawim*; en este nivel, el futuro de la sociedad y la esperanza de todas las naciones son percatados como vinculados al destino de los débiles y postergados;
 - La inculturación Pascual, donde Dios llega a ser uno de los *anawim* también en la pasión de Jesús, y acepta la muerte de la realidad marginal, resucitándola y creando un nuevo centro de un nuevo orden social para toda la humanidad,
-
3. Comportamiento regresivo.
 4. Apariencia de un personaje profético.
 5. La visión del profeta se propone como una estructura social ideal, con elementos de varias culturas y de varios pueblos.
 6. Organización de los convertidos para implementar la visión.
 7. Resistencia del ambiente social.
 8. Adaptación del programa para resolver problemas prácticos.
 9. Hacer rutinario el carisma del profeta (*die Veralltäglicung des Charisma*).
 10. Una transformación cultural de la sociedad ambiental.

requiriendo tanto el perdón como la solidaridad, dirigiendo y reconciliando todas las sociedades y culturas hacia un fin trascendental.

Los grupos y movimientos marginalizados son nacidos de un pueblo que sufre la Cruz, y su situación se reconoce como una de crucifixión sufrida por los débiles y los enfermos, los oprimidos y los presos. La inculturación, en cambio, se ve como el levantamiento de los crucificados a una nueva vida. La inculturación plena, la Pascual, fomenta la apariencia de una nueva comunidad con los valores del Evangelio en su corazón, impulsado por el Espíritu a abrir puertas hacia los demás en la sociedad circundante, e invitar a todos a entrar en el orden cultural nuevo, con un nuevo 'centro'. Las rutinas de la exclusión, tan características de muchos grupos marginales, se deshacen por medio del esfuerzo de misionar, y de hacer de la misión la actividad central de una nueva sociedad.

El pentecostalismo facilita este encuentro entre el Evangelio y la cultura, entre la vida de los cristianos y la vida de un pueblo, entre el mensaje cristiano y el pensamiento de un pueblo, en un modo importante, manifestada en por lo menos tres características.

Primero, se encuentra en el pentecostalismo la insistencia en que la vivencia es de primera importancia en la vida cristiana - especialmente la vivencia del Espíritu de Dios. Es esta vivencia que ha sido llamada de "regeneración" por los pentecostales, ocupando el lenguaje heredado de los movimientos "de santidad" estadounidense. La espiritualidad vivencial del pentecostalismo es caracterizada por la expresión abierta de las emociones, especialmente de la tristeza y del gozo, dentro del contexto de una comunidad que desea ser testigo de estas manifestaciones (que en sí tiene un alto valor terapéutico para el individuo aquejado de algún mal, manifestado en curaciones emocionales, a veces con consecuencias físicas -y no por eso deja de ser una obra divina). Entre la experiencia de un Dios que se siente, y la doctrina objetiva que aplica la razón a las verdades de la fe, el pentecostalismo representa un énfasis en la experiencia subjetiva de Dios y no tanto en la aceptación formal, consciente y racional de determinadas creencias. También nos presenta con una religiosidad de acceso directo a Dios y en que la relación puede comunicarse con el lenguaje de los sentimientos y

483

de la propia cultura. El pentecostalismo en este sentido tiende a unir la experiencia con la doctrina, dando prioridad a la experiencia personal de Dios. Dentro de esta espiritualidad, por ejemplo, se encuentra la idea de que uno podría ser utilizado como un "instrumento" de Dios, comunicando un mensaje especial a ciertas personas, o emprendiendo un viaje a algún rincón del país, para hacer una "obra". El pentecostalismo recupera para nosotros la primacía de la fe vivencial en la vida del cristiano, recordándonos no solamente de los rasgos de religiosidad de la Iglesia primitiva, sino también de las realidades profundas e inmediatas de la persona humana -las emociones, los sentimientos, las necesidades- que componen una respuesta íntegra al don del Espíritu Santo hoy.

El encuentro entre el Evangelio y la cultura, entonces, se facilita por medio de las emociones y las experiencias, y los aspectos racionales y doctrinales sirven para interpretar y generar estas experiencias. No puede ser el inverso, donde las experiencias estén al servicio de la actividad intelectual. No se trata de limitar la experiencia de Cristo según criterios doctrinales. La sana doctrina es fruto de la experiencia de Jesucristo, y sirve para explicar y describir en forma autorizada y magisterial esta experiencia. El pentecostalismo nos ayuda a mantener esta prioridad.

En segundo lugar, el mismo pastor resulta ser, en muchos casos, una figura patriarcal que ayuda a la gente recuperar su capacidad de participar en la vida de una comunidad, con el consiguiente resultado de un desarrollo personal de sus dones y capacidades. Para la gente más marginalizada, rechazada o despreciada por la sociedad, este aspecto tiene una enorme importancia para su vida. Sin llegar a ser una especie de *patrón* para su gente,⁸ el pastor exige de sus feligreses la plena participación en las actividades de su iglesia, incluyendo la predicación en lugares públicos, la actuación con algún instrumento musical, el liderazgo de grupos, la organización, etc. No se trata de ser un pastor autoritario u opresivo, sino preocupado por los miembros de su grey y estímulo para la plena participación de todos, atento a los que sufren la desintegración familiar, agente

⁸ CRISTIÁN LALIVE D'EPINAY, op. cit., sostenía que el pentecostalismo chileno re-creaba la estructura rural del 'patrón' para los nuevos llegados a la ciudad.

de cambio en sus vidas, tomando en cuenta a la persona con sus capacidades, en medio de un ambiente y una historia de desprecio y pocas oportunidades para la educación formal o la participación social. Aquí el encuentro entre Evangelio y cultura se experimenta como algo que reconoce el valor de una persona, y desafía a esa persona a crecer, gracias al patriarcado dinamizante del pastor solícito por la realización de sus cargos.

Finalmente, el papel de la mujer se vindica y se desarrolla en el pentecostalismo en una forma muy sorprendente. La propia espiritualidad pentecostal, con su insistencia en la validez de la experiencia personal de un Dios misericordioso y dador de un Espíritu de gozo y alivio, cualquiera que sea la forma particular que toma - visiones, desmayos, con desmesurada expresión emocional, con bailes espontáneos- tiende a valorizar la experiencia particular de la mujer, al mismo tiempo que la libera de situaciones domésticas caóticas y la permite a participar en reuniones de grupos de mujeres fuera de la casa. Esto constituye un avance nada despreciable para mujeres abusadas y mantenidas en casa por maridos celosos y opresivos. Más aún, la experiencia trascendental de la mujer tiene una validez tan indisputable que las mujeres que sienten una fuerte llamada a liderar alguna comunidad o a emprender alguna "obra" - e incluso resisten esta llamada- encuentran un grado importante de aceptación. Como resultado, encontramos el fenómeno sorprendente de "pastoras" que no son solamente esposas o viudas de pastores hombres, sino que son las cabezas de sus propias comunidades y representan a corporaciones pentecostales en instancias ecuménicas ante otras Iglesias. Lo que ocurre en el pentecostalismo chileno, entonces, es la consagración de ciertos papeles tradicionales de esposa y madre, que exige una responsabilidad de parte del marido y establece un orden en el hogar, permitiendo a la mujer a juntarse con otras mujeres pentecostales fuera de la casa de vez en cuando, al mismo tiempo que le da el espacio para hablar de sus propias experiencias en forma abierta y pública, y hasta liberándola de otros límites tradicionales por la valoración de la llamada a asumir un papel de liderazgo, un ministerio de autoridad, en la comunidad. El valor cristiano de equidad en dignidad entre los sexos en Cristo se desarrolla en una forma original en el pentecostalismo, encontrando ecos profundamente desafiantes en una sociedad latinoamericana tradicionalmente *machista*.

El movimiento pentecostal representa para las sociedades latinoamericanas un grupo de personas que ofrece un nuevo conjunto de valores y significados, de creencias fundamentalistas y de una forma de vivir distinta, y varios expertos en el campo de estudios antropológicos y sociológicos apuntan a la necesidad de tales grupos para la vitalidad misma de la sociedad más amplia que los rodea. Aunque éstos pasen mucho tiempo aislados del resto de la sociedad, los movimientos que logran reunir a grandes números de personas de entre los más excluidos de la sociedad presentan tarde o temprano una forma de vivir que cuestiona, y eventualmente da un remezón, a los participantes de esa sociedad. El 'programa' del pentecostalismo -expresado a veces en términos poco ecuménicos como "ganar el país por Cristo"- apuntará a la falta de adhesión plena al Evangelio que aún existe en las vidas personales de muchas personas, y desafiará a las instituciones excluyentes de esa sociedad -las universidades, el gobierno, los altos mandos de las fuerzas armadas- a ser más equitativas, dirigidas por personas conscientes de la discriminación social, cultural y racial que resultan de políticas y actitudes de los poderosos. El desafío que presenta el pentecostalismo es especialmente fuerte cuando esa sociedad circundante califica a sí misma como "cristiana".

Los católicos tenemos la poca fraternal tendencia de descalificar a los pentecostales como una mera "secta", ocupando la palabra en una forma despreciativa. Desde los tiempos de San Pablo, y bajo la fuerte influencia de San Agustín de Hipona, llamar a un grupo "secta" era rechazar toda legitimidad que pudiera poseer tal grupo, incluso atribuyéndolo un carácter de 'peligroso' para la verdadera Iglesia. Hoy, sin embargo, tanto el ecumenismo como las ciencias sociales nos ayudan a ver en las llamadas "sectas" una realidad que vitaliza al resto de la sociedad con una nueva visión y cultura, nacida de entre los desocupados, sufridos y excluidos de la sociedad. Y es sumamente interesante notar que la misma palabra "secta" tenía un tono más tolerante para los griegos y romanos paganos, antes de su uso por los cristianos y también los judíos (quienes ocupaban la palabra por los gnósticos y los cristianos mismos). Parece que estamos recuperando el sentido original de "secta" como referente a un grupo divergente, minoritaria, una escuela particular o partido, y empezando a reconocer que tales grupos juegan un papel importante para la vida de la sociedad, y de la Iglesia.



Un movimiento cristiano como es el pentecostalismo⁹ puede manifestar una actitud crítica frente a las Iglesias más antiguas y tradicionales, aún cuando no emite ningún comentario particular. Su misma existencia es ya un mensaje dirigida a las instituciones convencionales, como el Beato Alberto Hurtado, S.J., se percató en 1942, escribiendo en su libro *¿Es Chile un país católico?*, "...Una de las causas del éxito... [del crecimiento pentecostal en Chile] ...es la falta de cultivo religioso de nuestra masa popular. Son ovejas sin pastor, pero con un fondo profundamente cristiano ...Al ver que los protestantes vienen a ellos con el Evangelio en la mano, hablándoles de Cristo, con desinterés, con insistencia, buscándoles en sus hogares, faltos de cultura para ver la diferencia profunda que separa esta predicación de la católica, abrazan muchos el protestantismo, no por alejarse de la iglesia, sino porque creen acercarse a Cristo. La responsabilidad del éxito de la campaña protestante en Chile es de los católicos que no han sabido cultivar su iglesia..."¹⁰.

Por "cultivar su iglesia" Padre Hurtado reconoce el gran desafío que representa el movimiento pentecostal: la misma misión de la Iglesia es cuestionada sanamente, cuando el Evangelio de Jesucristo llega a los más desposeídos del país en una forma que toma en cuenta a la persona, y sus necesidades básicas de dignidad, de seguridad, de comunidad, de salud, y es acompañado por una acogida, una sonrisa, una mano que le tiende un libro de cantos, y un espacio donde las lágrimas y las risas son aceptadas e incluso valorizadas.

El pentecostalismo, como la religiosidad popular católica y las comunidades eclesiales de base, permite que la relación personal con Dios sea mediada no solo por expresiones doctrinales o ritos formales, sino también por las emociones y la experiencia vital de seguir a Cristo en medio de una sociedad cada vez más materialista, secularista e indiferente a la suerte a los cesantes, enfermos y pobres. Nos recuerdan de la prioridad de la experiencia, del papel del Espíritu Santo en la vida cristiana, y de la fuerte necesidad de una sociedad

⁹ Según los criterios enunciados en *Lumen gentium* no. 15 y *Unitatis redintegratio* no. 3.

¹⁰ ALBERTO HURTADO CRUCHAGA, S.J., *¿Es Chile un país católico?* (Santiago: Los Andes, 1992 [1942]), 83.



más equitativa y participativa que no deja al lado a los miembros más pobres y marginados. Nos muestra, en muchos casos, una manera de ejercer la autoridad que capacita a gente y que exige participación. Hasta permite ver los pasos hacia una mayor participación de la mujer en la vida ministerial de la Iglesia.

“Apreciar los bienes presentes en los otros cristianos”¹¹ nos significa aceptar los desafíos y aportes que nos presenta el pentecostalismo, no sin críticas, pero sí sin prejuicios, conscientes de la diversidad de maneras de vivir el Evangelio que presenta el Pueblo de Dios. Esto puede ser visto como de gran servicio para las Iglesias más tradicionales, apuntando a la necesidad de reformar los métodos de evangelización y de hacer más efectiva una verdadera ‘opción por los pobres’, insistiendo en un modo de ser Iglesia que resulta ser más participativo, vivencial y misionero.

Dirección del Autor:
Casilla 311 - Correo 22
Santiago, CHILE
Tel: (562) 2 22 81 12
Fax: (562) 6 72 66 26

¹¹ Juan Pablo II, *Ut unum sint* (1995), núms. 47-48.